

1. RAZÓN DE SER



La adolescencia es una etapa vital por la que actualmente está transitando aproximadamente el 17% de la población. En concreto, en España se calcula que existen alrededor de siete millones y medio de adolescentes.

Entre los doce y los dieciséis años de edad nuestros hijos adolescentes se encuentran ante una **paradoja vital**: ¿qué son en realidad? Saben, sin duda, lo que no son: ni adultos, ni niños. Entonces ¿cómo comportarse?; ¿cuál es su papel en la sociedad?; ¿hasta qué punto «cuentan»?

Lo más evidente, tanto para ellos como para nosotros, es que están en pleno período de transformación física y mental. Los cambios se suceden vertiginosamente, se sienten inseguros consigo mismos y tienen acusados sentimientos de desvalimiento y soledad.

Los padres seguimos siendo seres queridos, valiosos para ellos, sin duda, pero por regla general no se consideran apoyados ni entendidos, quizás porque ni ellos mismos acaban de ubicarse en el entorno social.

Por otra parte, **dentro del ámbito escolar**, sus profesores son también adultos significativos; no obstante —salvo excepciones— no resultan para ellos figuras relevantes, sino más bien «suministradores» de información académica y proveedores de tareas adicionales para realizar fuera del horario escolar.

La sociedad es percibida como un ente complejo y abstracto, asociándola a la ley o los medios de comunicación. En realidad se consideran ajenos a ella (no pueden votar, no pueden trabajar...).

En definitiva, quienes en su día fuimos referentes y apoyo para los niños, hemos dejado de serlo; al menos en parte, para los adolescentes.

En relación con las drogas **se sienten vulnerables y dubitativos**: «probar o no», dura disyuntiva. Si se abstienen, quizá «se estén perdiendo algo», piensan. Y si las prueban... ¿qué droga?; ¿con quién?; ¿cuándo?; ¿cuánto?; ¿qué riesgos corren? Las drogas están ahí, al alcance de su mano, y el rechazo de antaño se ha transformado hoy en curiosidad, tentación, temor y conflictos internos.

Reciben mensajes contradictorios: sus familiares nos preocupamos por ellos, pero algunos amigos les sugieren que «acercarse» a las sustancias prohibidas no es tan negativo; ellos mismos las consumen y «no pasa nada».

Sin información fiable, sin referentes adultos en los que confiar plenamente, sin consejeros valiosos, sienten el **creciente poder de influencia del grupo**, constatan la experiencia de algunos de sus miembros y la información (aún incompleta y sesgada) que circula entre ellos, concluyendo que el grupo de iguales tal vez sea el espacio social más adecuado al que acudir para dirimir sus contradicciones internas.

Si en el grupo sus miembros rechazan o tienen prevenciones ante el uso de drogas, nuestro hijo no tendrá que enfrentarse en solitario a las incitaciones al consumo. Si, por el contrario, lo que es frecuente en una etapa en la que se siente que hay que experimentar con los riesgos y los límites, los amigos están próximos al **«coqueteo» con las drogas**, se sentirá confuso, agobiado por las dudas y, en cierta forma, deberá decidir en medio de muchas ambivalencias.

¿Qué les digo? en absoluto pretende «transformarnos» en expertos en drogas, ni situarnos en posición de hábiles comunicadores capaces de transmitir información fiable y contrastada sobre sus consecuencias y efectos secundarios. Por otra parte, ningún padre o madre tenemos la obligación de

«estudiar» a fondo el tema, doctorarnos en biología, medicina o psicología. **Nuestro papel es más educativo que informativo**, y nuestra actitud ha de ser dialogante, de apoyo y, cómo no, de supervisión y control.

El propósito de esta publicación es transmitir **ideas, sugerencias y consejos** sobre cómo acercarnos a nuestros hijos de forma no punitiva pero tampoco frívola ante las drogas. Entre el «sermón» y el «compadreo» existe un término medio, un conjunto de actitudes y estilos de diálogo que pueden resultar valiosos para nuestros hijos, fortalecer la certeza de que pueden «contar» con nosotros, y ser capaces de tranquilizar —al menos en parte— sus inquietudes.

Los **parámetros de libertad y supervisión** que debemos ejercer se amplían y acentúan en estas edades. Hemos de servirles como guías, personas que más allá del papel de proveedores de alimento, cobijo y dinero (síndrome de padres «cajeros automáticos»), estamos presentes para reflexionar con ellos, transmitirles valores, abrirles perspectivas nuevas y aportarles —sin necesidad de imponer— nuestro punto de vista, aunque inevitablemente tengamos que establecer ciertos límites.

Es importante **diferenciar entre «estar disponible» y «atosigar»** a nuestros hijos adolescentes. En el primer caso se trata de ejercer una supervisión discreta, hacer saber al menor que en cualquier momento puede preguntar, charlar o simplemente «estar» con nosotros.

Por el contrario, atosigar es «coser» a nuestro hijo a preguntas, advertencias y consejos. Esta actitud suele generar rechazo en ellos al sentirse tratados como bebés, o aún peor: como sospechosos.



PROBEMOS A

Sondear cuál es la posición de nuestro hijo con respecto a las drogas. Hagámoslo de forma natural, sin preparar un ambiente excesivamente «formal». Por el contrario, facilitemos que el diálogo se desarrolle en términos de confianza y armonía, sin aludir directamente a su propia experiencia.

TENGAMOS CLARO QUE...

- Nuestros hijos son claramente conscientes de que las drogas existen y que muchos de sus iguales las consumen.
- En estas edades, por lo general, nuestros hijos adoptan una actitud de rechazo inicial hacia las drogas (entre los 12 y los 13 años). Sin embargo, en los años siguientes su aversión a las drogas suele transformarse en curiosidad y fantaseo con respecto a sus efectos. El consumo de alcohol y tabaco constituye la primera tentación. De hecho la mayoría de ellos se ven atrapados por la decisión de «probar o no probar».
- Los medios de comunicación y el grupo de amigos comienzan a ejercer sobre nuestros adolescentes una potente influencia que compite con la nuestra a la hora de informarse sobre las drogas.
- Los padres debemos ejercer una función educativa sobre nuestros hijos, centrada en el diálogo y en la supervisión.
- Esta tarea no es un «coto cerrado», una responsabilidad exclusiva de los padres. Son muchos los agentes sociales implicados (profesores, padres de otros adolescentes, medios de comunicación, etc.).
- Nuestro objetivo último es guiar a los hijos hacia una maduración responsable, de forma que vayan siendo progresivamente auto-eficaces ante las drogas, teniendo sus propios criterios y no los impuestos por los adultos.
- Es posible que tengamos que ser los padres quienes abramos las puertas de la comunicación con nuestros hijos sobre el tema de las drogas, aunque debemos estar preparados para situaciones en las que sean ellos quienes tomen la iniciativa.
- Debemos saber que las drogas son, para los adolescentes, una realidad más de su vida que les enfrenta con sus miedos y sus necesidades de afrontarlos; el enfrentamiento a las drogas es parte del proceso de crecimiento. Ayudarlos en ese proceso es ayudarlos a algo más complejo: enfrentar los riesgos y madurar.